

BABEL Y EL CASTELLANO, por *Arturo Capdevila*.—*Librería del Colegio*. Buenos Aires, 1928.

Dice el poeta en la primera página:

Un orgullo ha dictado este libro argentino: el de hablar castellano. Y una cosa querría patrióticamente el autor: comunicar este orgullo a toda la gente que lo hable.

Y en la última página, casi fuera de texto:

Este libro se imprimió y fué entregado a los librereros corriendo el mes de Julio de 1928. Y por esos mismos días su autor fué designado miembro correspondiente de la Real Academia Española: siendo bueno que conste aquí, en mérito de cada uno, que ni el autor escribió este libro para que lo nombraran académico, ni lo nombraron porque lo escribiera.

Advertencia que estaba de más en un escritor que tiene obras líricas como *Melpómene*; ensayos y libros de viaje como *La Dulce Patria* y *Tierras Nobles*; poesía dramática como *La Sulamita*; estudios como *Dharma*, y páginas tan profundas, tan bellamente humanas como *La pena monstruosa*.

Sin estar de acuerdo en todas las afirmaciones de este nuevo y hermoso libro de Capdevila (todas estas anotaciones deben considerarse un simple índice de materias, incitación a la lectura y nada más), hay que señalar su puro y noble castellano, madurado en lentas y sabias disciplinas de belleza.

Y se extiende como si no tuviera término ni orillas el mar inmenso del castellano.

Y no se pone el sol.

Estudia problemas de filólogo con palabras de poeta. Filólogo y poeta de la América española que siente y comprende nuestra vida con sus problemas y sus inquietudes. Habla del hispanoamericanismo, de fiestas de la raza e hipertrofias grandilocuentes y pesa, sereno, el fruto de la cosecha:

Seremos siempre los elocuentes habitantes de una confederación de soledades.

¿Qué medios buscar para mantener esa soñada unidad de nuestros pueblos?

Desnuda verdad fechada en 1928: no cuenta la América española con otra unidad que la del común idioma. La unidad religiosa no tiene ninguna eficacia actual (ni existe), y en cuanto a la unidad del régimen político, muchos de sus pueblos han renegado del inmenso bien de la democracia, ya que la dejaron ofender y profanar por menguados tiranuelos. No queda más que el idioma.

Más que una crítica interjeccional de admiraciones o denuelos, igualmente desmesurados e injustos, el nuevo libro de Capdevila merece, por respeto a la figura ya ilustre de su autor, una crítica serena de valoraciones. La intentaremos algún día si hay tiempo y ocasión para ello. Siempre habrá ocasión para hablar de un bello libro.

LA SENDA ROJA, por *Julio Alvarez del Vayo*.—*Espasa Calpe, S. A.*, Madrid. 1928.

El autor de *La Nueva Rusia*, maestro en ese libro en la exposición y pintura de hombres, ideas y paisajes, abre ahora horizontes más amplios a nuestra mirada en nuestro panorama del mundo occidental de la guerra y la post-guerra.

La vida industrial de Estados Unidos de Norte América (América por antonomasia para los europeos); la figura de pastor protestante de Woodrow Wilson llena de ilusiones reformistas entre un concierto de papagayos hispanoamericanos; el germinar de una nueva conciencia social en Alemania, los movimientos literarios y artísticos que van gestándose paralelamente a las nuevas concepciones de la vida política y económica; Lenin en Suiza en el alborear de la revolución rusa; Wedekind, Tristán Tzara, el doctor Caligari (es decir el gran actor que crea esa figura en la película precursora e inolvidable); los hombres que inician la nueva vida en Baviera, en Suecia, en Noruega; el martirologio de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg (la amargura de esa frase: *«la ley de fugas ha penetrado en la Europa Central»*); la tragedia de la vida de Strindberg; Sofía